

«LA VIOLENCIA»

(Octubre 1992)

El ser humano siempre ha hecho uso de la violencia: las luchas, las guerras, son tan antiguas como la misma humanidad y las virtudes que han sido exaltadas en los héroes de la antigüedad tienen que ver todos con la fuerza mostrada en el combate. De otro lado, la humildad y la mansedumbre en el comportamiento eran exigidas únicamente a los esclavos. Pero he aquí que Cristo Jesús las pide para todos los que libremente quieran aprender de Él, que siendo llamado Maestro y Señor, se puso a lavar los pies de sus discípulos: «Aprendan de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

Estas virtudes cristianas a veces son admiradas, pero muchos no se deciden a vivirlas, porque exigen, más que un gran esfuerzo, una grandeza de alma. Escuchamos frases como estas: «esas palabras de Jesús de poner la otra mejilla son muy bonitas, pero yo no haré nunca eso». La prensa, la radio, el cine y la televisión, por su parte, reflejan un mundo violento. En los países donde es posible, la gente compra armas para defenderse, donde no, aprenden judo, llevan en sus bolsos productos químicos que paralicen al agresor, etc. Siempre se vive a la defensiva, esperando ser atacado, porque es posible ser atacado.

Hablo de este tema, porque, en momentos de grandes dificultades económico-sociales como los que sufrimos, aumenta la irritabilidad y todo el mundo se vuelve más irascible en palabras y hechos. Se empuja para adquirir lo indispensable para la vida o para tomar el primer medio de transporte que se presente. Hay molestias, quejas, rebelión interior y todo va creando un estado de ánimo amargo, predispuesto a la agresividad.

¿Cómo hablar de dulzura, de mansedumbre, al niño o al adolescente, que se ve rodeado de tanta violencia, si, además, nosotros mismos nos dejamos arrastrar por ella? Solo desde la fe puede presentarse la virtud cristiana de la mansedumbre, de la humildad. No olvidemos que esta humildad cristiana no disminuye ni al hombre ni a la mujer, al contrario, les da a ambos la estatura del humano del futuro. La agresividad es herencia de un pasado primitivo. Ha llegado la hora de aprender de Cristo a decir no a la dureza de corazón, no a la agresividad, no a la violencia.

Es la hora de no tener vergüenza de ser como Cristo, mansos y humildes de corazón, sin olvidar que Jesús promete a los mansos una especial felicidad: «Dichosos los mansos porque ellos poseerán la tierra». Esto es lo que tienen que aprender de Cristo nuestros niños en el catecismo y en el hogar. Este es el testimonio de mansedumbre que debe dar el cristiano en su trabajo y en su barrio, sobre todo en los momentos difíciles en que hay que exigir justicia y verdad, pero sin odiar ni dañar a nadie.

Todos experimentamos la necesidad de ternura, de delicadeza en el trato, de sentimientos bondadosos, tanto en la vida familiar como en el medio laboral o estudiantil y en la sociedad en general. Esto es más que la cortesía o la educación formal. Estas últimas se pueden aprender en casos de relaciones públicas, pero la humildad, la mansedumbre, la actitud cristiana de no violencia son parte de un modo de ver la vida a partir de valores que la fe cristiana pone en evidencia por estar íntimamente ligados a la relación del hombre con Dios y al amor que debemos al prójimo.

Por la humildad nos reconocemos ante Dios como seres humanos en nuestros justos límites: no somos pequeños dioses para merecerlo todo y dominar a los otros. Somos nada más que eso: simples humanos amados por Dios a pesar de nuestros pecados. De esta constatación fundamental viene nuestra capacidad de amar a los demás porque ella dispone el espíritu para acoger y vivir el amor radical y sin límites que Jesucristo establece como ley fundamental entre los hombres.

Esta visión del mundo identifica al cristiano y contrasta con otras cosmovisiones inspiradas en sistemas filosóficos cerrados a Dios y a la trascendencia. Es en este plano de la vida real y de las relaciones concretas entre los humanos en el seno de la comunidad familiar, laboral y política donde se distingue netamente lo propiamente cristiano. Renunciar a la comprensión, a la escucha paciente, a la misericordia, en una palabra, a la mansedumbre, nos descalificaría como seguidores de Jesucristo.

Con mi bendición.